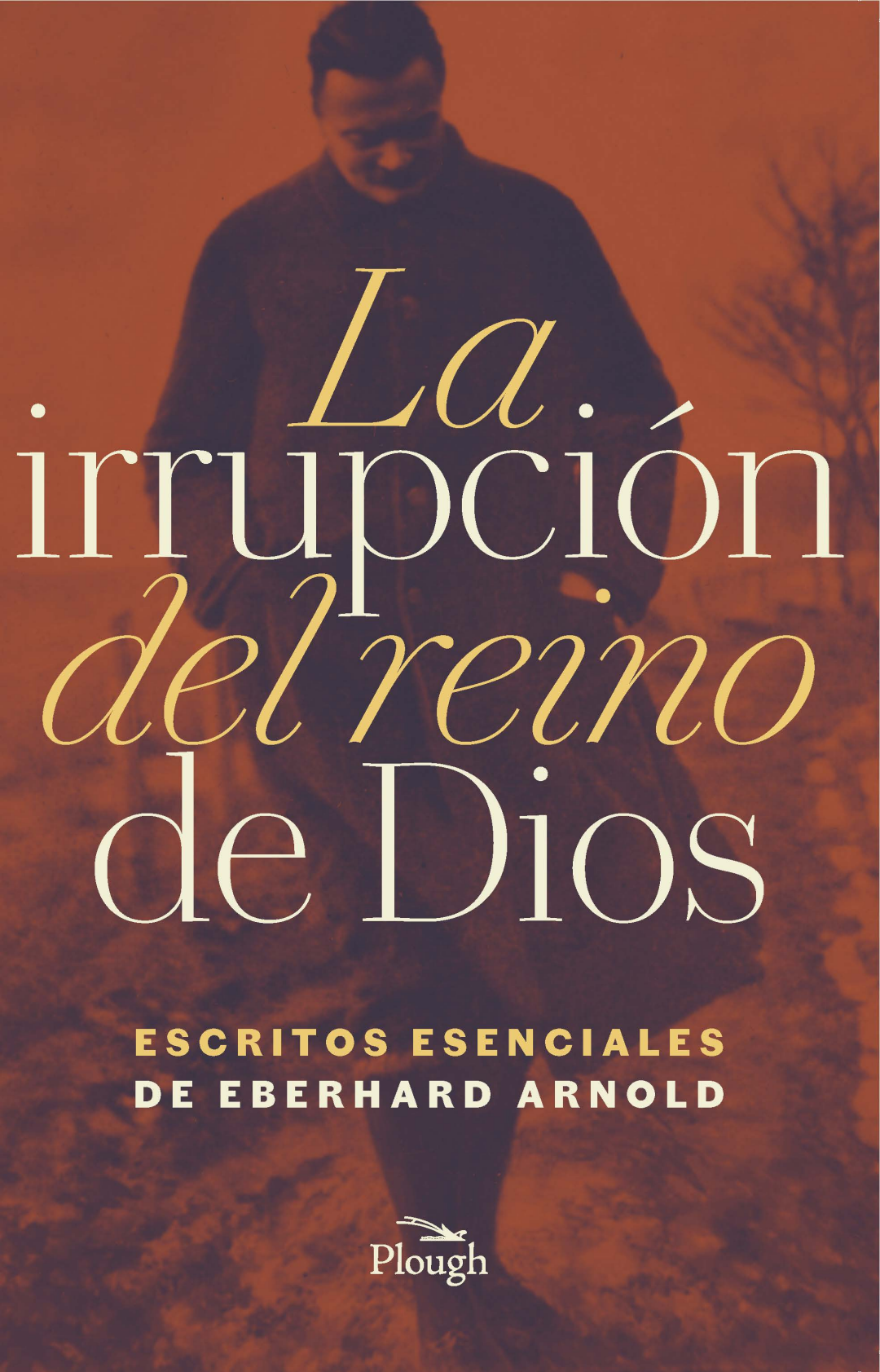




La irrupción *del reino* de Dios

**ESCRITOS ESENCIALES
DE EBERHARD ARNOLD**


Plough

La irrupción del reino de Dios

La irrupción del reino de Dios

**Escritos esenciales de
Eberhard Arnold**

*Selección e introducción de
Johann Christoph Arnold*



Plough Publishing House

Publicado por Plough Publishing House
Walden, Nueva York, Estados Unidos
Robertsbridge, Reino Unido
Elsmore, Australia
www.plough.com

© 2019 Plough Publishing House
Reservados todos los derechos.
978-0-87486-137-2

Título del original inglés (2000):
Eberhard Arnold: Writings Selected
with an Introduction by Johann Christoph Arnold
© 2000 Plough Publishing House, publicado por Orbis Books

Primera edición en español (2001):
Escritos Esenciales: Introducción y edición de Johann Christoph Arnold
publicado por Editorial Sal Terrae

Traducción al español: María del Carmen Blanco Moreno
y Ramón Alfonso Díez Aragón
Corrección y edición: Raúl Serradell

Cuando no se indica otra versión de la Biblia,
las citas bíblicas se han tomado de la Nueva Versión Internacional,
© Biblica, 1999, 2015.

Un registro de este libro está disponible en el catálogo de la Biblioteca Británica.
Datos de catalogación de la publicación en la Biblioteca del Congreso pendiente:

Impreso en los Estados Unidos de América

La importancia de Arnold no se limita a su relativamente pequeña comunidad. Algún día toda la familia humana reconocerá lo que Eberhard Arnold significa para la renovación espiritual del hombre en estos tiempos oscuros y problemáticos. Dios lo envió como una luz en las tinieblas, para mostrar al hombre extraviado el camino recto y la meta verdadera.

— *Premysl Pitter*, Secretario General
de los Comunistas Cristianos, Praga, 1935

Otras obras de Johann Christoph Arnold publicadas
por Plough Publishing House

Dios, sexo y matrimonio

En busca de paz
Apuntes y conversaciones en el camino

La riqueza de los años
Encontrar paz y propósito en la edad

No tengas miedo
Cómo superar el temor a la muerte

Por qué importan los niños

¿Por qué perdonar?

Su nombre es hoy
Recuperando la niñez en un mundo hostil

Todos los títulos están disponibles en *plough.com*

Contenido

<i>Agradecimientos</i>	<i>ix</i>
<i>Introducción</i>	<i>xi</i>
1. La revolución de Dios	I
Un llamado a la vida interior	I
La revolución de Dios	7
Contra el derramamiento de sangre y la violencia	II
2. La nueva justicia	20
No es una nueva ley	20
Lejos de los compromisos y la sombra	29
El reino de Dios: presente y futuro	35
3. Volverse humanos	44
La justicia mejor	45
La conciencia	47
4. A menos que se vuelvan como niños	56
5. Amor divino y amor humano	61
Responsabilidad, deseo y amor	69
La nueva moralidad	73
6. El amor es trabajo	76
La comunidad como trabajo	78
Jesús y el Estado futuro	82

7. Del aislamiento a la comunidad	88
Conciencia y comunidad	88
De la propiedad privada a la comunidad	103
Por qué vivimos en comunidad	110
8. La lucha contra <i>mammona</i>	128
Dios o <i>mammona</i>	128
La lucha contra <i>mammona</i>	130
9. Dios con nosotros	138
La experiencia de Dios	139
El Espíritu del resucitado	145
La Palabra viva	149
10. La iglesia desciende a nosotros	154
Unidad	159
11. Iglesia y Estado	164
La nueva encarnación	164
Iglesia y Estado	168
12. Expectación	177
Ha llegado el momento	179
<i>Bibliografía</i>	186

Agradecimientos

Para que un libro, aunque sea pequeño como el presente, pueda nacer, se necesita el esfuerzo de muchos colaboradores. Entre las personas, a quienes hay que dar las gracias de manera especial, se encuentran los hermanos y hermanas de los archivos del *Bruderhof*, sin cuyo trabajo fiel y amoroso nunca se habrían conservado ni traducido los escritos de mi abuelo. También estoy en deuda con Robert Ellsberg, de Orbis Books, cuyo interés personal inspiró este proyecto desde el principio.

— *Johann Christoph Arnold*
julio de 1999

Introducción

*Dichosos los que mueren en el Señor . . .
pues sus obras los acompañan.*

Eberhard Arnold suscitó un gran interés como escritor y conferenciante en su tiempo, pero sigue siendo en gran parte un desconocido para la gente de nuestros días. Sin embargo, un pequeño pero creciente número de lectores están descubriendo la importancia de su obra, que, según palabras de Thomas Merton, «incita al arrepentimiento y a la renovación».

Aunque era mi abuelo, no llegué a conocerlo. Murió a la edad de cincuenta y dos años, cinco años antes de que yo naciera, pero siento como si siempre lo hubiera conocido, tanto por los brillantes recuerdos que mi abuela guardaba de su vida con él, como por sus libros, bastante subrayados, que heredó mi padre.

Más que como escritor, filósofo y teólogo, Eberhard Arnold fue querido sobre todo por su humildad, su amistad paternal y su profunda fe. Nació en 1883, como descendiente de varias generaciones de profesores universitarios, pero su vida fue muy poco convencional. En un tiempo y lugar donde la Iglesia y el Estado no estaban en modo alguno separados, renunció a lo que

podría haber sido una brillante carrera al dejar la iglesia estatal a la edad de veinticinco años. A los treinta y siete ya había abandonado por completo la vida de clase media. Y pasó los últimos quince años de su vida en el *Bruderhof* (literalmente: «lugar de hermanos»), la comunidad religiosa que había fundado en 1920; pero mantuvo su actividad —con viajes, conferencias y escritos— hasta el momento de su muerte en 1935.

Los lectores de nuestros días tienen acceso a una parte muy pequeña de sus escritos: en inglés solo se ha publicado un reducido número de los miles de ensayos, charlas y cartas que nos legó. En cierto modo, sin embargo, esto no habría sido para él causa de consternación: especialmente hacia el final de su vida, hablaba a menudo de sus incapacidades y señalaba, en cambio, la actuación del Espíritu Santo. No obstante, no podemos dejar que su testimonio, por pequeño que sea, pase desapercibido. Sus intuiciones sobre la condición humana son hoy tan importantes como lo fueron a principios de la década de 1920, y su llamado al discipulado suena hoy tan auténtico como entonces.

¿Cuál fue su mensaje y cómo llegó a su fe radical? La mejor respuesta son unas palabras que él mismo pronunció en 1933:

En mi juventud traté de guiar a las personas a Jesús mediante el estudio de la Biblia y por medio de conferencias, charlas y debates. Pero llegó un momento en que comprendí que eso ya no era suficiente. Empecé

Introducción

a ver el enorme poder de *mammona*,* de la discordia, del odio y de la espada: la bota cruel del opresor sobre el cuello de los oprimidos. Entendí que la dedicación al alma sola no cumplía todos los mandamientos de Jesús: él quería que cuidáramos también de los cuerpos de las personas.

De 1913 a 1917, mi esposa Emmy y yo buscamos penosamente una comprensión de la verdad. Poco antes del estallido de la guerra, le había escrito a un amigo diciéndole que no podía continuar. Había predicado el evangelio, pero sentía que tenía que hacer algo más. La causa de Jesús era algo más que un simple encuentro de almas individuales; ¡tenía que convertirse en una experiencia de vida verdadera y tangible! Por eso nos pusimos a buscar en todas partes: no solo en los escritos antiguos —en el Sermón del monte y otras Escrituras—, sino también en libros sobre la clase trabajadora y su opresión por el orden económico y social. Queríamos encontrar el camino de Jesús, de Francisco de Asís, el camino de los profetas.

Los años de la guerra trajeron consigo horrores inolvidables. A un joven oficial le amputaron las dos piernas. Cuando regresó a casa de su novia, esperando recibir el cuidado amoroso que tanto necesitaba de ella, esta le dijo que se había comprometido para casarse con un hombre con un cuerpo sano.

Después llegó a Berlín una época de hambre. La gente comía nabos por la mañana, por la tarde y por la noche.

* Aunque el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) registra este término como adjetivo, y como insulto en una de sus acepciones, los diccionarios bíblicos y teológicos, en distintos idiomas, lo definen a partir de sus raíces hebreas, arameas y griegas. *Mammona* se refiere a 'lo que es seguro', 'en lo que uno pone su confianza', es decir, riquezas, dinero o posesiones materiales, pero sobre todo al poder que ejercen para esclavizar a las personas y demandar de ellas una devoción absoluta. (N. del E.)

Y cuando pedían a las autoridades dinero o comida, les decían que comieran más nabos. Al mismo tiempo, las familias «cristianas» acomodadas que vivían en el centro de la ciudad podían criar vacas y beber la leche que producían. En 1917 pude ver cómo un caballo caía muerto en la calle. Los hombres que estaban cerca arrastraron con violencia al jinete y cortaron trozos de carne del cuerpo aún caliente del caballo; ¡tenían que llevar algo que comer a sus mujeres e hijos! Los niños muertos eran transportados por las calles envueltos en papel periódico; no había tiempo ni dinero para ataúdes.

Durante ese tiempo fue cuando visité a una mujer que vivía en el sótano de un edificio. El agua se filtraba por los muros, y la única ventana que había en la habitación estaba cerrada, porque daba a la calle. Padecía tuberculosis, pero no tenía medios para permanecer aislada; sus familiares vivían con ella en la misma habitación. Me ofrecí para encontrarle otro lugar donde vivir, pero no quiso: quería morir donde siempre había vivido. ¡Y su aspecto ya era el de un cadáver!

Poco a poco, Emmy y yo llegamos a ver con claridad que el camino de Jesús era práctico y tangible. Era algo más que la preocupación por el alma. Nos enseña, con toda sencillez: Si tienes dos mantos, da uno al que no tiene. Da comida al hambriento y no des la espalda al prójimo cuando te necesita. Cuando te pidan una hora de trabajo, ofrece dos. Lucha por la justicia. Si quieres casarte y formar una familia, entonces procura que los que te rodean puedan hacer lo mismo. Si buscas educación y trabajo, consigue que otros también puedan disponer de ello. Y si tu deber es cuidar tu propia salud, cumple también este deber con los otros. Trata a los demás como quieres que te traten a ti. Entra por la

Introducción

puerta estrecha, porque este es el único camino hacia el reino de Dios.

Comprendimos que teníamos que hacernos tan pobres como los mendigos y que, como Jesús, teníamos que tomar sobre nosotros mismos *todas* las necesidades de los seres humanos. Debíamos tener más hambre y sed de justicia que de pan y de agua. Sabíamos que seríamos perseguidos por causa de esta justicia, pero nuestra justicia sería mayor que la de los moralistas y los teólogos. Y estaríamos llenos del fuego que procede de lo alto: recibiríamos el Espíritu Santo.

Pero ya no podíamos seguir llevando por más tiempo la vida que estábamos viviendo.

Mi abuelo practicó lo que predicó, y hacia 1920 él y mi abuela, con cinco niños pequeños, abandonaron el acomodado barrio de Berlin-Steglitz para vivir en una ruinosa casa de campo en la cordillera del Rhön. Este paso fue mucho más que un simple cambio geográfico; fue un cambio radical de vida. Aunque los años siguientes iban a ser de extrema pobreza, los Arnold nunca volverían a echarse atrás por motivos económicos. El Sermón del monte no era un mero ideal, sino una forma de vida. A partir de ese momento, su casa estaría abierta a los desposeídos; sus vidas se consumirían en la solicitud no solo por las almas, sino también por los cuerpos.

Para sus amigos esto era una locura; para ellos era una «oportunidad para el amor y la alegría». Pero, por muy temerario que pueda parecer, su abandono de Berlín —como antes su salida de la iglesia estatal— fue un paso dado en la fe; o más bien, como mi abuela dijo muchas veces, un salto de fe:

No teníamos sustento económico de ninguna clase para realizar nuestros sueños de empezar una nueva vida. Pero eso no cambió nada. Era el momento de dar la espalda al pasado y empezar de nuevo . . . de quemar todos nuestros puentes y poner toda nuestra confianza en Dios, como las aves del cielo y las flores del campo. Esta confianza iba a ser nuestro fundamento —a nuestro parecer, el fundamento más seguro— sobre el cual construir.

La búsqueda espiritual de Eberhard había empezado años antes, cuando, siendo adolescente y mientras pasaba unas vacaciones de verano en casa del primo de su madre, empezó a leer el Nuevo Testamento. Este pariente, un pastor luterano que se había puesto de parte de los tejedores locales durante un conflicto laboral, le produjo una profunda impresión. Antes de regresar a su casa, cayó en la cuenta de que su ropa era mejor que la de muchos de sus compañeros de clase, y de que sus padres, cuando daban una fiesta, invitaban solo a su grupo de acomodados profesores universitarios, y no a los pobres de la calle. Las preguntas que Eberhard hizo sobre estos asuntos provocaron la ira de su padre, pero eso no lo disuadió. ¿Acaso las palabras de Jesús eran solo una metáfora? Tarde o temprano tenía que descubrirlo.

En los años siguientes, se apartó también de sus discípulos: tomó tan en serio la fe recién descubierta que buscó a sus antiguos profesores y les pidió perdón por su comportamiento incorrecto y poco honrado. Pero, durante los años de estudiante universitario, su fervor ya no causó desconcierto: el avivamiento religioso de Dwight L. Moody se estaba adueñando de Alemania,

Introducción

y con el entusiasmo por esta causa Eberhard se granjeó pronto la popularidad como escritor y conferenciante.

Fue por esa época cuando conoció a mi abuela, Emmy von Hollander, a la que sus nietos llamábamos «Oma». Era hija de un profesor de derecho, compartía la procedencia social e intelectual de Eberhard y, como él, participó activamente en el avivamiento espiritual. Un mes después de conocerse, se prometieron en matrimonio. Y permanecieron juntos veintiocho años, hasta el momento de la muerte de mi abuelo.

Fue durante aquella época, en 1907, cuando la cuestión del bautismo se planteó como un tema central. Muchos adultos jóvenes sentían que su bautismo había hecho de ellos herederos de una cultura, pero no de una fe; y, como consecuencia, decidieron bautizarse de nuevo. Eberhard aconsejó a Emmy, como solía hacer en estos casos, que examinara todo en oración. Estas cuestiones eran complejas y requerían una atenta consideración:

A mi juicio, es casi seguro que el bautismo de creyentes es bíblico, pero esta cuestión es complicada, y debemos examinarla lenta y objetivamente. No deberíamos decir nada mientras no hayamos alcanzado una claridad indiscutible. Busquemos con honradez y sin descanso la voluntad de Dios, y actuemos después en consecuencia. Cualquiera que sea nuestra decisión, no nos moveremos ni un milímetro del centro. Lo que necesitamos es a Jesús, ¡y nada más!

Al final, el estudio concienzudo llevó a la joven pareja al convencimiento de que el bautismo querido por Jesús

era un bautismo de creyentes adultos, no de niños, y ambos fueron bautizados en 1908.

Las consecuencias se hicieron notar rápidamente: a Eberhard se le negó la oportunidad de presentarse a sus exámenes de teología y se le prohibió ver a Emmy durante un año. Este castigo fue doloroso, pero él y Emmy no se esperaban otra cosa. Su bautismo fue una declaración de guerra contra la iglesia del Estado, lo cual no era ninguna minucia, y menos aún para un joven cuyo padre era profesor de historia de la iglesia y cuyo apellido era sinónimo de «buena sociedad». Pero, como siempre, él exhortó a Emmy a perseverar en la fe:

Esta decisión trascendental dará a nuestra vida una dirección claramente definida, cargada de sufrimiento . . . Solo el Señor sabe lo que sucederá, pero esto es suficiente. ¡Tengo la certeza de que Jesús nos guiará de una manera excelente!

Los años siguientes fueron agitados. Eberhard se vio obligado a cambiar su carrera por el estudio de la filosofía. Escribió su tesis sobre Nietzsche y obtuvo el grado de doctor en 1909. Contrajo matrimonio con Emmy aquel mismo año, y su casa pronto se convirtió en lugar de reunión para toda clase de escritores, estudiantes y radicales.

La guerra estalló en 1914 y, aunque Eberhard fue llamado al frente, lo eximieron al cabo de unas semanas por causa de la tuberculosis que padecía. De todas formas, defendió la causa de la guerra con fervor nacionalista, publicando propaganda como jefe de redacción recién contratado de una revista dirigida por uno de sus amigos de la juventud. Sin embargo, a medida que la

Introducción

guerra se extendió, se sintió cada vez más decepcionado, y hacia 1917 ya era un pacifista convencido.

Desde antes, su preocupación principal había sido el cuidado del alma, como muestra esta exposición sobre los fines últimos de su trabajo literario:

El nombre de nuestra casa editorial, *Die Furche* [«El surco»] debería ser una poderosa advertencia para la profundización interior. Un surco es algo que hay que abrir y arar. No se puede sembrar si antes no se abre el surco. La siembra realizada solo puede dar fruto allí donde el arado de Dios ha puesto al descubierto la vida interior. La profundización en la vida interior solo se puede llevar a cabo si se ara con el arrepentimiento —esa revolución y reevaluación interior que conduce a la *metanoia*—, una transformación fundamental de la mente y del corazón.

Pero no todos compartían sus ideas, y durante los dos años siguientes resultó claro para él que su llamado ya no era el mismo que el de la casa editorial. Hacia 1919, su insistencia en que las enseñanzas de Cristo tenían que llevarse a la práctica en la vida diaria, provocó una controversia cada vez más fuerte con los directores de *Die Furche*. Emmy escribe:

Siempre había tensiones en el trabajo. Todos podían apreciar la confusión de los jóvenes, resultado de los sufrimientos de la guerra y la confusión de la revolución. Pero, mientras algunos querían hacer que los jóvenes volvieran al camino trillado del pietismo, otros —Eberhard entre ellos— veían los acontecimientos públicos de una manera totalmente nueva. Habían aprendido una lección de las escandalosas desigualdades

entre ricos y pobres, de la psicosis de guerra que con tanto padecimiento habían observado. Ellos creían que tenían que recorrer un camino totalmente distinto: el camino de Jesús, el camino del Sermón del monte.

Los años siguientes trajeron consigo un cambio social general. Al igual que los *hippies* americanos se rebelaron contra la opulencia egoísta de sus padres durante la guerra de Vietnam, los jóvenes en los años de la república de Weimar volvieron la espalda al conservadurismo social y a las pretensiones aristocráticas del fracasado imperio prusiano.

Miles de ellos abandonaron la ciudad para ir a vivir al campo, vagando por granjas y montañas en su búsqueda de la verdad y del sentido de la vida. Sus procedencias eran diversas y no compartían las mismas ideas, pero sí tenían en común la creencia en que las estructuras y convenciones antiguas tenían que morir y dar paso, finalmente, a algo nuevo. Y aunque muchos de ellos pronto cayeron en el hedonismo y la decadencia moral que caracterizaron los años de la posguerra, otros, como mis abuelos, vieron en el Movimiento Juvenil* una afirmación de su búsqueda espiritual de totalidad.

El Movimiento Juvenil buscó respuestas a las preguntas de la vida en la simplicidad de la vida rural, en los árboles, montañas y praderas, en la poesía y literatura de los románticos. Rechazaron el craso materialismo de las ciudades, en favor de la vida rural, con los sencillos placeres de los bailes populares y las caminatas, y dieron la espalda a la esterilidad de la vida en las fábricas para

* Se trata del Movimiento Juvenil Libre de Alemania, de principios de la década de 1920, y no de las Juventudes Hitlerianas de mediados de la década de 1930.

Introducción

abrazar el trabajo duro —y el hedor— de las granjas. Para ellos la ruina de la civilización, tal como la habían conocido, era la prueba de que la humanidad necesitaba de la naturaleza y de Dios.

Pero fue la cuestión de la separación entre lo espiritual y lo material lo que produjo el nacimiento de Sannerz, la comunidad religiosa que mis abuelos fundaron en 1920. Para ellos la vida no se podía vivir en fragmentos. Todo estaba conectado: trabajo y esparcimiento, familia y amigos, religión y política: todas estas realidades tenían que convertirse en una sola cosa. El arrepentimiento no podía producir el cambio en una de las áreas sin afectar las otras. Y si se quería que una esfera de la vida se viese influida y modelada por Dios, entonces todas las demás esferas tenían que verse también influidas por Dios.

Fue este descubrimiento lo que los llevó a abandonar Berlín para emprender una nueva vida en la empobrecida región agrícola y ganadera de Fulda y abrir sus puertas a músicos, artistas, anarquistas y vagabundos. Si los cristianos del siglo I pudieron vivir las palabras de Jesús, estas también podían vivirse en el siglo XX; si Cristo pudo derramar su Espíritu sobre la tierra hace dos mil años, también podía hacerlo en la actualidad. Esta era su fe cuando se aventuraron a fundar una comunidad de trabajo y de bienes: una vida en la que todo pertenecía a todos y a ninguno.

Esta determinación de aplicar el evangelio de manera práctica llevó a mi abuelo a presentar su renuncia irrevocable en *Die Furche* durante la primavera de 1920. En junio del mismo año, él y mi abuela se habían mudado a unas humildes habitaciones del Gasthaus Lotzenius, una posada de la pequeña aldea de Sannerz.

Con todo, al cabo de unas semanas mi abuelo empezó a publicar de nuevo. No tenía dinero y apenas contaba con un personal muy reducido, pero se sentía empujado a difundir tan ampliamente como fuera posible las verdades que él y mi abuela, con el pequeño círculo de personas que se reunían en torno a ellos en Sannerz, habían empezado a descubrir. Eberhard formuló sus pensamientos aquel mes de agosto de la manera siguiente:

La tarea y misión de nuestro trabajo editorial es proclamar la renovación de vida, hacer un llamado a las gentes para que realicen las acciones de Cristo; propagar el pensamiento de Jesús en medio de la confusión social y nacional; poner en práctica el cristianismo en la vida pública; dar testimonio de la acción de Dios en la historia presente. No es una cuestión eclesial; es una cuestión espiritual. Tenemos que descubrir las fuerzas más profundas del cristianismo y reconocerlas como indispensables en la solución de los problemas cruciales de la cultura contemporánea. Con amplitud de visión y enérgico atrevimiento, nuestra casa editorial se introducirá en el torrente del pensamiento de nuestros días. Su trabajo en ámbitos que son aparentemente neutrales en materia religiosa resultará en relaciones que nos conducirán a las tareas más importantes en nuestra vida.

Ya en esta etapa, mi abuelo era un escritor conocido. Había escrito muchos libros y artículos y tenía ideas claras para proyectos aún más ambiciosos. Aparte de escribir y pronunciar conferencias continuamente, planeaba publicar una serie de libros dedicados a Zinzendorf, Kierkegaard, Agustín y Dostoievsky, y otros consagrados a las místicas alemanas, a Tertuliano y a los cristianos de los siglos I y II.

Introducción

Sin embargo, en el mes de septiembre su coeditor, Otto Herpel, renunció, incapaz de dar su visto bueno a un documento en el que se afirmaba que en la nueva empresa editorial solo tendrían cabida aquellos escritores cuyos artículos estuvieran escritos «en Cristo, de Cristo y para Cristo». Incluso para sus mejores amigos, Eberhard se había vuelto «demasiado pietista».

Pero él apenas se desalentó por estas contrariedades y se entregó de una manera aún más febril a la tarea de construir Sannerz y la casa editorial. Él mismo afirmó que una aparente derrota frente al socialismo partisano y la política religiosa era: «de hecho, una victoria para el espíritu determinante del Sermón del monte».

Sannerz creció rápidamente en los dos años siguientes. La empresa funcionaba relativamente bien, y se escribieron, editaron y distribuyeron docenas de artículos, folletos y libros. Ahora bien, el trabajo editorial era solo una parte de la misión de la comunidad. Los fundadores de Sannerz estaban plenamente convencidos de que la comunidad era la solución a todas las cuestiones de la vida; la vida comunitaria hacía frente y daba plena respuesta a todos los asuntos económicos, sociales, educativos, políticos y sexuales. Más aún, la producción editorial de los primeros años de Sannerz fue asombrosa, si se tienen en cuenta tanto las interrupciones de los dos mil visitantes que llegaron en 1921 como el trabajo que había que realizar en la granja y las tareas domésticas.

Pero en el verano de 1922 surgieron problemas: mientras estaba de viaje en Holanda le comunicaron a Eberhard por teléfono que los socios de su joven editorial se habían reunido para liquidar la empresa. Le

acusaban de irresponsabilidad financiera, idealismo e incluso fraude.

La crisis estalló en torno a la administración de la editorial de la comunidad. Mis abuelos habían dejado Sannerz unas semanas antes para visitar una comunidad hermana en Holanda; pero, mientras ellos estaban fuera, la inflación se había disparado de repente, y les reclamaron de improviso el pago de los préstamos que no habían sido devengados durante meses. Los miembros de la comunidad de Sannerz fueron presa del pánico, pero mis abuelos les aconsejaron que mantuvieran la calma interior. Para ellos las palabras de Jesús sobre los lirios y las aves no eran mera poesía, sino un mandato para la vida de los discípulos.

Al final, un amigo les sorprendió con un gran sobre de florines que, cuando los cambiaron en marcos, resultaron ser la cantidad exacta que se debía al banco el día siguiente. La inflación había estado de su parte, y mucho más importante, su fe había sido recompensada. Sin embargo, cuando regresaron a casa descubrieron que la editorial había sido liquidada por los mismos amigos que habían dejado a su cargo.

Unas semanas después, más de cuarenta personas abandonaron Sannerz, todas ellas firmemente convencidas de que no se podía ni se debía mezclar los asuntos espirituales con los temporales. El «experimento» había terminado: la gente era demasiado débil, demasiado humana, demasiado egoísta para vivir por la fe. Pero para mis abuelos Sannerz no había sido un experimento: era un llamado, y ellos se mantendrían aferrados a él.

Introducción

Al cabo de unas semanas, se produjo una ruptura completa entre aquellos para quienes la fe era un mero ideal y aquellos otros para quienes era una realidad viva que debía determinar todas y cada una de las decisiones y acciones.

Además de romper el círculo existente en Sannerz, los que se marcharon dividieron la casa editorial. Se llevaron consigo equipo de oficina y algunos de los libros más vendidos, incluida la revista, que ellos empezaron a publicar con un nombre nuevo solo unos meses más tarde.

La crisis fue especialmente dolorosa, debido a las amargas y calumniosas acusaciones con las que muchas personas abandonaron Sannerz. Pero, como reconoció uno de los accionistas durante los procedimientos de liquidación en agosto, Eberhard no había hecho nada fraudulento; todo se reducía a una cuestión de fe frente a las consideraciones económicas: «Lo que separa a Eberhard Arnold del resto de nosotros es su convencimiento de que la fe tiene que determinar *todas* las relaciones, incluidas las económicas».

Algunos años después, un periódico vienés mostró su acuerdo con esta idea cuando afirmó que Eberhard Arnold fue uno de los pocos editores que no solo publicaron libros religiosos, sino que se atrevieron a aplicar su mensaje en su propia vida. Este era el corazón de su visión. Lo espiritual tiene que penetrar y transformar lo material, porque Cristo no quería solo palabras, sino hechos: «Sean hacedores de la palabra y no solamente oidores» (NBLH).

Así pues, mis abuelos rechazaron la idea de que su comunidad era una escapatoria, de que se habían aislado de los problemas de la sociedad. Es cierto que quienes se incorporaron a Sannerz se habían apartado de la corriente principal de la vida moderna, pero solo en la medida necesaria para poder vivir libres de sus trabas. Su meta última era permanecer como un correctivo en un mundo que había fracasado gravemente: para ser, como dijo Jesús, sal y luz.

No obstante, mi abuelo nunca se consideró a sí mismo insustituible ni plenamente capacitado. Su discipulado fue sin componendas, pero nunca se creyó autosuficiente; se veía a sí mismo únicamente como servidor de una causa más grande. Siempre buscó la verdad en los demás, y veía la comunidad que dirigía, no como un estilo de vida o una institución, sino como un movimiento libre impulsado por el viento del Espíritu Santo, que moriría si carecía de él. Tiempo después, al mirar retrospectivamente los primeros años en Sannerz, dijo:

En aquel momento, ninguno de nosotros era tan estrecho de miras como para dejar de apreciar la obra de Dios en otras personas y en otros movimientos espirituales. Quizá nuestro peligro estaba más bien en la dirección contraria, a saber, que durante algún tiempo nos abstuimos de expresar algunas intuiciones sobre la verdad última de Dios, a fin de evitar ejercer presión sobre personas que aún no habían sido despertadas o llamadas.

Estábamos convencidos de que esas personas habían sido tocadas por Dios, y de que se encontraban en medio de un poderoso movimiento del corazón. Pero todavía no habían comprendido plenamente lo que Dios quería al sacudir sus almas, y por eso solo hablábamos

Introducción

con ellas acerca de aquello que las conmovía en aquel momento. No les imponíamos cosas a las que sus corazones todavía no estaban abiertos.

Así sucedió que muchos movimientos espirituales acudieron a nuestro encuentro. Pero nosotros no éramos misioneros tan necios como para decir que el budismo era obra del diablo, o que Lao-Tse era el Anticristo. Admitíamos que el Espíritu de Dios había actuado en Buda y en Lao-Tse. Y precisamente porque lo reconocíamos así, nosotros mismos nos sentíamos animados por lo que ellos nos decían de Dios, aunque hablaran en lenguas extrañas.

De manera que no hablábamos de misión, en el sentido de salir al encuentro de la gente. Había tanta vida en la casa, tantas entradas y salidas, que nosotros éramos ya una estación de misión en medio de la caldeada Alemania. Pero nunca pensamos que nosotros éramos los convertidos, y los demás los que tenían que convertirse. Al contrario, reconocíamos que era el Espíritu Santo el que actuaba.

Las habitaciones en Sannerz estaban llenas de un poder que no procedía de nosotros ni de quienes nos visitaban. Era un poder que provenía de Dios. Los que acudían lo llevaban consigo, y ellos, a su vez, lo sentían en nosotros. Pero ni ellos ni nosotros poseíamos este poder, sino que nos rodeaba como un fluido invisible, como el viento del Espíritu que visitó a los apóstoles que esperaban en Pentecostés.

Este poder no se adhiere a personas particulares. Tampoco puede ser poseído, retenido firmemente, ni usado para obtener ganancias o beneficios. Era un acontecimiento, un hecho, un suceso; era historia. Era una manifestación de lo eterno y lo perdurable en el tiempo y en el espacio. Era una comunicación con una fuerza

primigenia, que nosotros no habríamos podido explicar jamás de una manera humana o lógica. Este era el secreto de aquellos años. Lo que actuaba era algo más que una realidad física, algo que no se podía explicar en términos de emociones. Era algo espiritual, algo del Espíritu Santo.

Pero en aquella época jamás pensamos —¡nos habría parecido una especie de locura!— que solo personas como nosotros, o únicamente el puñado de personas que vivían en Sannerz, eran visitadas por el Espíritu de Dios o eran iluminadas por el Espíritu de Cristo. Por el contrario, sentíamos el soplo del Espíritu en todas las personas y en todos los lugares. Lo importante para nosotros era sentir este aliento de Dios y reconocerlo.

Nosotros mismos teníamos que vivir de acuerdo con el llamado que habíamos recibido a través de la vida y las palabras de Jesús, de la imagen profética del futuro reino de Dios. Teníamos que ser fieles a este llamado hasta el final. Creíamos que lo mejor que podíamos hacer era servir a todos aquellos que eran tocados por el aliento de Dios viviendo la realidad de nuestra causa última: la objetividad de la voluntad de Dios y el contenido y carácter de su reino.

Nos llamaban «amantes de la naturaleza» —la gente decía que queríamos «volver a la naturaleza»—, pero esto no era todo lo que nosotros queríamos. Por el contrario, nuestra mirada se dirigía más allá de la naturaleza misma, para contemplar a Dios actuando en ella. La realidad más grande en nuestro movimiento era que honrábamos al Creador en su creación. No éramos adoradores del sol, pero sí teníamos un sentimiento interior del simbolismo del sol y de la clase de Creador que tuvo que crearlo . . .

Introducción

Podría parecer extraño que un grupo tan insignificante pudiera experimentar sentimientos tan elevados de paz y comunidad, pero así fue en realidad. Fue un don de Dios. Y solo hubo una antipatía vinculada a nuestro amor: el rechazo de los sistemas de civilización; el odio a las falsedades de la estratificación social; el antagonismo frente al espíritu de impureza; la oposición a la coerción moral del clero. La lucha que emprendimos fue una lucha contra esos espíritus extraños. Fue una lucha por el Espíritu de Dios y de Jesucristo.

Hacia 1931, el movimiento del corazón, que había barrido Alemania solo una década antes, estaba completamente agotado. Por eso mi abuelo decidió mirar mucho más lejos y visitar a los huteritas de Canadá y los Estados Unidos. Este grupo, cuyas raíces se remontan al siglo XVI en Moravia, todavía vivía en pequeñas comunidades en las que compartían todas las cosas en común. Quizá eran demasiado dogmáticos y de mentalidad excesivamente estrecha para su gusto, pero, en cualquier caso, representaban la forma más pura de cristianismo comunitario que él jamás había conocido. Por ello, después de un año de atenta consideración, decidió unirse a este movimiento, que contaba con cuatrocientos años de antigüedad.

Reconoció de manera inmediata el peligro de su pietismo conservador, pero insistió en que él no se sentía atraído por el huterianismo del siglo XX, sino por el del siglo XVI, aquel movimiento de fe del que habían surgido miles de mártires. Además, Eberhard nunca quiso fundar su propio movimiento, sino que una y otra vez trató de unirse con grupos de ideas parecidas. Hacia

1931, de alguna manera sintió que no le quedaba mucho tiempo de vida. Había visto el fracaso de numerosos intentos de vida comunitaria y se había sentido asombrado al descubrir que los huteritas todavía seguían viviendo en comunidad después de cuatrocientos años. Pensaba que la unión con ellos era una salvaguardia para el *Bruderhof*.

Eberhard escribió a propósito de sus experiencias en Norteamérica:

A pesar de su debilidad, que he puesto de manifiesto abiertamente, estas comunidades norteamericanas han conservado desde sus orígenes en el siglo XVI una vitalidad espiritual —una creatividad en el trabajo y la organización según unas directrices comunitarias— que procede del Espíritu Santo . . .

Mi impresión general es que la vida comunitaria de aquellas tres mil quinientas almas es algo extraordinariamente grande. Su espíritu de comunidad es auténtico, puro, claro y profundo. No hay nada en todo el mundo, ni en los libros y escritos, ni en ningún otro de los grupos actuales, que se pueda comparar con la esencia, el carácter y el espíritu de su hermandad . . .

Aunque soy perfectamente consciente de cuáles son nuestros orígenes, inspirados por el Movimiento Juvenil y el Sermón del monte, he decidido que unamos nuestras fuerzas con ellos. La cuestión de la ayuda económica es de naturaleza secundaria . . .

No obstante, a pesar de que mi abuelo adoptó con entusiasmo la espiritualidad de los primeros anabautistas, sus esperanzas de lograr una estrecha relación económica

Introducción

con los huteritas de Norteamérica nunca se materializaron, tanto por la gran distancia existente entre Alemania y Canadá como por su muerte prematura.

La primera de las dos redadas de la Gestapo tuvo lugar en 1933. Pero Eberhard no se sintió intimidado y envió una gran cantidad de documentos a los oficiales locales del régimen nazi, explicando su visión de una Alemania bajo Dios. Antes de su muerte en 1935, llegó incluso a escribir a Hitler urgiéndole que renunciara a los ideales del nacionalsocialismo y que, en lugar de ello, trabajara por el reino de Dios; y le envió un ejemplar de su libro *Innerland*. No es de extrañar que su carta nunca recibiera respuesta. Más adelante, toda la comunidad se exilió en Inglaterra y en Liechtenstein; hay que destacar que ni un solo miembro fue deportado a un campo de concentración.

La muerte de mi abuelo tuvo lugar de repente en 1935, a consecuencia de las complicaciones que siguieron a la amputación de una pierna gangrenosa. Pero, como escribió algunos años más tarde su amigo, el estudioso Hermann Buddensieg, él sigue todavía muy vivo:

No te sorprendas de que hable contigo como si aún estuvieras junto a mí. Pues ¿qué sabe el presente de lo que está lejos? Tú no has muerto; no, tú estás vivo en el Espíritu . . .

Y ahora estamos juntos de nuevo, amigo mío, en Sannerz, en el Rhön, y en mi estudio a orillas del Neckar.

La gente viene y va, jóvenes y viejos buscan refugio en su necesidad. Están arropadas en sí mismas y son antinaturales, estrechas, rígidas e inmoderadas, sin una meta más allá de sí mismas. Y, sin embargo, tu

casa tiene las puertas abiertas; a nadie se le pregunta primero quién es . . .

Trabajamos en los campos y en casa. Juntos nos afanamos por lograr una comprensión de las personas y los acontecimientos que nos rodean. Veo el sagaz destello en tus ojos, tu sonrisa juguetona y tu graciosa barba, tu alegre carcajada cuando las peculiaridades de la vida humana se nos imponen. A menudo estamos cansados de conversaciones aburridas y vulgares, pero también nos reímos libremente y de corazón, de muy buena gana . . .

Este era tu don. Tu ingenio era conciso y expresivo, pero estaba libre de la venenosa hipocresía. Te desagradaba tanto la pesadez como la melosidad. En torno a ti no había un tufillo penetrante de «cristianismo», ni de exclusivismo o sentimentalismo. Buscar herejes era tan extraño para ti como la adicción a enderezar a cualquiera según tu propia voluntad. Valorabas a otras personas siempre que fueran serias, y te las arreglabas con los que no eran sinceros. Encontrabas una manera de llegar al campesino más obstinado y al «hombre de Dios» más terco. Eras un hermano para ellos cuando te necesitaban, y tu manera de obrar era en todo momento cariñosa, inspirada genuinamente por la confianza.

Viviste la vida desde el centro y desde la profundidad. No heredaste a Cristo de otros, sino que lo recibiste en la profundidad de tu encuentro y experiencia interior. Tú fuiste una de las personas realmente liberadas por Cristo, transformadas por él. Estuviste libre de angustia. Tu fe no era una mera aceptación de verdades ni una huida del miedo, sino certeza. Y, por consiguiente, no había en ti nada de cristianismo convencional, porque tú sabías justamente que Cristo no fue «cristiano».

Introducción

Te opusiste a todas las apariencias, a todo fingimiento y a toda forma de superioridad moral. No te preocuparon los dogmas, sino más bien la vida de Cristo, la comunidad de hermanos y hermanas en el sentido de la iglesia primitiva.

Entendiste la humanidad tal y como es. No te hacías falsas ilusiones, pero tampoco incurrías en malentendidos. Conociste los poderes demoníacos y el peso de la época, pero no los experimentaste en un reconocimiento aislado, sino como un llamado comprometido para ayudar a tus hermanos.

Conociste el poder de la iglesia comunidad dentro de la gran corriente de un mundo completamente distinto. Pero nunca quisiste hacer adeptos. Cualquiera que fuera llamado, escuchaba y, de esta forma, acudía a ti; algunos para vivir contigo y tus amigos en comunidad; otros, tocados por tus intuiciones, para permanecer como buenos amigos . . .

¡Déjame abrazarte, amigo mío! Tú estás presente como testigo de la nueva vida en Cristo; eres un hombre generoso, un amigo de la libertad, un hermano que sabe amar; pero uno con determinación tan grande que discernes y separas los espíritus.

Es indudable que Eberhard habría desaprobado este eloquente elogio, y por eso conviene que esta introducción termine con las palabras que él pronunció el día en que cumplió cincuenta años, en julio de 1933. Aquí ya no es solo mi abuelo quien habla, sino un hombre de Dios, una voz profética en un mundo que lo necesita ahora más que entonces:

En este día he estado especialmente consciente de mi falta de habilidad y de lo inadecuado de mi propia

naturaleza para el trabajo que se me ha encomendado. Recuerdo cómo Dios me llamó cuando solo tenía dieciséis años y cómo me he interpuesto en su camino, con el resultado de que mucho de lo que él ha querido hacer por medio de sus instrumentos no ha sido posible. A pesar de todo, queda como un milagro que su obra se ha revelado y ha testificado poderosamente en nosotros, seres humanos débiles, y no debido a nuestros méritos, sino porque hemos sido aceptados una y otra vez mediante la gracia de Jesús y su perdón de pecados.

He tenido que pensar en el *Pastor de Hermas*, ese escritor cristiano primitivo que describe la construcción del gran templo, y en cómo se sigue refiriendo a las muchas piedras que deben desecharse. Los constructores hacen el intento de instalarlas en la construcción, pero si no se pueden usar, incluso después de que sus esquinas se han removido con severos golpes de cincel, entonces se deben desechar y arrojar lo más lejos posible. Pero incluso las piedras que se utilizan deben ser cinceladas muy fuertemente antes de que encajen y puedan colocarse en el muro . . .

Lo que me preocupa por encima de todo es la falta de poder de los seres humanos, incluso de las personas a las que se ha encomendado alguna tarea. Solo Dios es poderoso; nosotros somos completamente impotentes e incapaces. Incluso para realizar la obra que se nos ha encomendado carecemos totalmente de poder. Ni siquiera podemos colocar una sola piedra en la iglesia comunidad. No podemos brindar ninguna protección para la comunidad cuando se ha edificado. Ni siquiera podemos dedicar nada a la causa por nuestro propio poder. Carecemos por completo de poder. Pero justamente por ello Dios nos ha llamado, porque sabemos

Introducción

que no tenemos poder.

Resulta difícil describir cómo nuestro propio poder tiene que ser arrancado de nosotros, cómo nuestro poder debe ser desarraigado, desmantelado, derribado y descartado. Pero es preciso que suceda, y no sucederá fácilmente ni mediante una decisión heroica. Más bien es Dios quien tiene que hacerlo en nosotros.

Esta es la raíz de la gracia: el desmantelamiento de nuestro propio poder. Solo en la medida en que nuestro propio poder sea desmantelado, Dios nos dará su Espíritu. Si surgiera un poco de poder propio entre nosotros, el Espíritu y la autoridad de Dios se retirarían en el mismo momento y con la misma intensidad. Esta es la percepción simple pero más importante con relación al reino de Dios . . .

El Espíritu Santo produce efectos que son mortales para la vida pasada y que, al mismo tiempo, generan un despertar y un surgimiento de poder para la vida nueva. Así que dediquemos este día para dar gloria a Dios. Prometámosle el desmantelamiento de nuestro propio poder. Declaremos nuestra dependencia de la gracia.

Johann Christoph Arnold

I

La revolución de Dios

Un llamado a la vida interior

A pesar de las connotaciones negativas que la palabra «revolución» puede implicar, es la que mejor describe la conmoción espiritual a la que Arnold nos llama. El siguiente discurso fue pronunciado en noviembre de 1917, pero su mensaje no ha expirado: la necesidad de renovación interior frente al abrumador cambio social y político es tan vital en nuestros días como lo era entonces. Y la afirmación de Arnold, según la cual el bolchevismo fracasaría en su intento de traer la paz y la justicia, es profética. Es indudable que la vida exterior tiene que cambiar. Pero antes tiene que cambiar la vida interior, y este cambio solo se puede realizar por medio del arrepentimiento.

Hoy se habla mucho de revolución y, de hecho, todos nosotros sentimos que nos encontramos en medio de la revolución más grande que la humanidad haya podido experimentar. Como consecuencia de la guerra, nuestra civilización europea está sufriendo un cambio sin precedentes. Es un cambio que trae juicio y castigo de Dios sobre todas aquellas cosas que pensábamos tener tan firmemente bajo nuestro control, y nos ha derribado de las alturas de la arrogancia y el orgullo.

La irrupción del reino de Dios

Los mayores cambios están teniendo lugar en la esfera económica. Una poderosa ola de revolución social ha atravesado Rusia: es una ola cuyo recorrido aún no ha terminado. Todavía no sabemos qué clase de cambios tendrán lugar en ese país, en la distribución de la riqueza entre ricos y pobres, en la industria y el comercio, en las compras y las ventas. Todavía no podemos predecir hasta dónde la revolución en las cosas exteriores afectará todo lo demás. Pero hay una cosa segura: necesitamos una revolución.

Ciertamente la mayoría de las personas se limitarán a aplicarla a los asuntos externos. Se parecen a los socialdemócratas que afirmaron: «No tenemos tiempo para ocuparnos de los asuntos internos, porque los externos nos mantienen bastante ocupados». Este es el peligro para la mayoría de la gente: debido a sus muchas preocupaciones olvidan las cosas más internas, hacen caso omiso de ellas y atienden solo las externas. Quizá esto sea lo peor en las apremiantes circunstancias del momento presente: los que ansían el cambio pasan por alto completamente la cara interior de la vida. Sin embargo, debemos comprender que todo cambio duradero tendrá que empezar en la vida interior.

Lo que es grande a nuestros ojos es una abominación ante Dios. Hemos preferido el honor humano al honor de Dios, y por ello nos hemos ensalzado en lugar de inclinarnos ante Dios, y nos hemos hundido en las profundidades del pecado y la muerte. Este es el motivo por el que necesitamos una revolución: una inversión total, una revalorización de todas las cosas y todos los valores.

La revolución de Dios

Nosotros proclamamos a Cristo como poder divino. Jesús es el Espíritu y donde está el Espíritu, allí hay libertad. Quien se encuentra bajo la influencia de este Espíritu, experimenta una revolución desde dentro y esta revolución del alma aporta la renovación que aniamos y necesitamos. El poder de lo alto nos transforma desde dentro y nos capacita para hacer obras que, sin él, no podríamos hacer de ninguna manera. Ya no vivimos según la carne sino según el Espíritu. Pablo lo expresa con estas palabras: «si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!».

Despojarse de la vieja naturaleza y revestirse de la nueva es lo único que puede ayudarnos en estos tiempos. Es un asunto del Espíritu, un asunto del dominio de los espíritus. Las cosas externas no importan. Son las cosas internas las que tienen poder, porque en todos los poderes externos subyacen fuerzas espirituales. Por ello, si nos preguntamos en qué dirección deberían avanzar nuestras vidas, entonces solo hay una cuestión importante: ¿qué espíritu reinará sobre nosotros, el espíritu del mundo o el Espíritu de Dios? Afrontamos el gran dilema: Dios o el diablo, Cristo o Satanás.

Jesús es el único que puede realizar un cambio en nosotros; Jesús, que vivió entre nosotros y descubrió y desenmascaró nuestra hipocresía. Solo él puede cambiar y transformar todas las cosas. Pero nosotros podemos ponernos bajo su reinado, bajo la autoridad de su Espíritu, solo a través de la gran revolución del arrepentimiento.

La irrupción del reino de Dios

El nuevo nacimiento del que Jesús habló a Nicodemo, el anciano que acudió a él de noche, es el arrepentimiento. Y este consiste en una revolución total de la vida. Es la conversión del espíritu de las tinieblas al Espíritu de la luz, la redención de todas las ataduras y servidumbres, de todos los errores y engaños. No deberíamos preocuparnos de cómo esta revolución penetrará en la vida cultural y política, si antes no la experimentamos nosotros de una manera muy personal.

O vivimos en el pecado y permanecemos en pecado, o somos salvados del pecado y, por el Espíritu de Jesús, morimos al pecado y declaramos la guerra al pecado. Porque el que ha nacido de Dios no vive continuamente en una condición de pecado. Es elevado al mundo de la luz de Dios, al mundo del poder del Espíritu. Está moralmente renovado y se ha vuelto a Dios en todas las cosas. Se ha despertado a una vida nueva y gozosa.

Cuando Jesús proclamó el arrepentimiento, usó esta palabra de una manera que implica acción. Y ya que Jesús no añadió nada a esta palabra, sino que la proclamó como una realidad total, nos mostró que es una obra que afecta a la totalidad. No existe arrepentimiento si no es el arrepentimiento de toda la persona. No hay arrepentimiento si este no está presente en todos los ámbitos de la vida. No hay arrepentimiento que no abarque a toda la persona, empezando desde lo más profundo del ser y presionando hacia el exterior en todas las demás esferas.

El arrepentimiento tiene que empezar en la vida del pensamiento. Los pensamientos son gigantes que producen acciones y si el arrepentimiento no ha tenido lugar en lo profundo de nuestro corazón y nuestra mente, nunca

seremos capaces de manifestarlo en los hechos. Pero si la vida del yo resulta vencida dentro de nosotros, por medio de la vida divina de Jesús, entonces se producirá una transformación completa de la vida exterior. Tendrá lugar un cambio total en nuestras relaciones con otras personas y pondremos a nuestros anteriores amigos ante la misma decisión. Si no aceptan el arrepentimiento, ya no podremos estar por más tiempo unidos a ellos.

Nuestro arrepentimiento será la prueba en nuestra vida profesional, en nuestro concepto del deber y del trabajo. Huiremos de todo lo que tiene que ver con Satanás: las apetencias de la juventud, el amor al dinero y el dominio de *mammona*. Todas nuestras lecturas, tiempo libre, actividad política y trabajo serán puestos bajo la influencia del Espíritu Santo.

¡El arrepentimiento como revolución! «Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!»

La gran agitación del mundo de nuestros días hace cada vez más urgente conseguir la fuerza interior, en aquellos encuentros de quietud con Cristo que hacen posible que permanezcamos bajo su dominio y autoridad. Situados como estamos en medio de un mundo tan terriblemente carente de paz, necesitamos el alimento constante de nuestra vida interior. Es importante mirar más allá de los límites externos . . . En lugar de seguir a los espíritus extraños de odio, violencia, mentira, impureza y afán codicioso, debemos seguir al único espíritu que es más fuerte que todos los demás espíritus . . .

La irrupción del reino de Dios

Sin un nuevo nacimiento en nuestros corazones, deduciremos un significado falso de los cambiantes acontecimientos del mundo —basado en consideraciones materiales o en vínculos emocionales o raciales—, o no le encontraremos ningún significado. Son muchos los que interpretan falsamente el curso de la historia, según los intereses de su nación o sociedad. Pero para muchas personas nunca ha tenido ningún significado. Solo hay una manera posible de poner fin a esta confusión: toda la persona, durante toda la vida, tiene que experimentar un cambio radical y completo, orientándose hacia el reino de Dios.

Nuevo nacimiento es el único nombre que podemos dar a ese cambio radical, al cambio total en dirección contraria a nuestra vida anterior. Solo gracias a ese cambio total podemos ver en todo lo que sucede la aproximación y la intervención del reinado de Dios. Jamás podremos ver el reino de Dios, ni tener parte alguna en él, sin un nuevo nacimiento del corazón, sin romper toda la estructura de nuestra vida y emprender un comienzo totalmente nuevo. Solo un nuevo comienzo que procede del lugar más profundo, un nuevo nacimiento que surge desde la raíz, puede prepararnos para el reino de Dios. Necesitamos un nuevo fundamento para toda nuestra vida personal.

Para evitar el sufrimiento, por el naufragio interior en la tormenta y el caos de la opinión pública, nuestro ser interior más íntimo tiene que acudir diariamente al puerto tranquilo de la comunión con Dios.

— *Innerland*

La revolución de Dios

«Revolución» fue un tópico en la conmoción que se produjo en Alemania después de la Primera Guerra Mundial, y Arnold lo tuvo como uno de sus temas preferidos: «Revolución del mundo y redención del mundo» apareció por primera vez en mayo de 1919; en 1921 pronunció dos conferencias más con el mismo título. Toda su vida censuró el énfasis de la teología moderna en la «alteridad» como realidad opuesta a la responsabilidad social. Pero Arnold no fue marxista, ni siquiera socialista. Junto con Nikolai Berdiaev, filósofo y teólogo ruso, mantuvo que los problemas sociales no se podían resolver aparte de los espirituales, que sin una renovación centrada en Cristo los ideales del socialismo estaban destinados a fracasar. Este artículo, publicado en 1926, es característico: no aclama a Lenin, sino a la cruz.

Una revolución social radical, un poner al revés todas las relaciones y todas las cosas en la causa de la justicia de Dios, es algo de lo que solo podemos hablar cuando sentimos sinceramente que esta revolución está destinada para todo el pueblo.

Todos nosotros necesitamos que nos pongan al revés. Todos somos culpables de las injusticias cometidas en nuestra sociedad y de la degradación de los demás en las relaciones personales y públicas. Y solo cuando nos atrevemos a afrontar de lleno esta corrupción puede comenzar cualquier revolución en nuestro interior.

Al final de cuentas, esta revolución no está centrada en torno a los oprimidos, que también deben ser elevados a una vida auténtica. No, el objetivo de esta batalla

decisiva es esencialmente mayor. Afecta a la raíz de la hostilidad contra la vida, del pecado mortal contra la vida, en cada ser humano y en la vida pública como un todo.

La revolución de Dios conduce a una comunidad de justicia y de bienes, que produce nuevos valores tanto en el mundo material y físico como en el desarrollo de la personalidad. Es eterna y no tiene fin; tiene como perspectiva el origen de la vida, que se encuentra en la eternidad y en el infinito. Su propósito y su meta es el futuro último, eterno y que todo lo abarca.

Sin embargo, nosotros somos limitados y estamos condicionados. Somos efímeros y débiles. Somos viles y una y otra vez reflejamos nuestros propios intereses mortales. Por esta razón resulta evidente que la revolución de Dios nunca puede ser realizada completamente por personas como nosotros. Por consiguiente, el arma que debemos elegir es la fe en el comienzo de una nueva vida, el arma del Espíritu mismo.

Tenemos que continuar la batalla sin juzgar o castigar a otros seres humanos y sin herirlos. Nuestra actitud hacia la vida, y la forma en que trabajamos, tiene que corresponder de una manera absoluta a la pureza del Espíritu profético, a la naturaleza del Eterno y el Infinito, al espíritu de nuestro máximo llamado. Solo de esta manera nuestra autoridad será eficaz en todo momento. Y debemos dejar que esta revolución empiece una y otra vez y siempre con más profundidad dentro de nosotros mismos. Todos nosotros somos llamados a la revolución, porque todos somos culpables.

Solo el Poder creativo puede dar origen al Nuevo Día. Después del largo periodo dominado por los dinosaurios, aquellos gigantescos dragones de los tiempos prehistóricos, amaneció un nuevo día. Justamente de la misma manera, después de los seres humanos degenerados y pecadores de la actualidad, debe surgir el Hijo del hombre, precedido por una revolución nunca antes contemplada por el mundo. Pero no podemos comprender el amanecer de este Nuevo Día si no comprendemos el testimonio de los profetas y los apóstoles.

La profecía da testimonio contra todo lo que sea egoísta, asesino y antisocial; contra todo crimen que atente contra la vida y la comunidad; contra toda ganancia que se obtenga perjudicando a otros; contra el lujo y el enriquecimiento a costa de los que sufren necesidad; contra la violencia y la guerra.

La profecía es el testimonio más positivo del amor: es compartir el pan, el techo y el vestido con todos los hambrientos, desamparados y mal vestidos; es liberar a todos de las ataduras, esclavitudes y prisiones; es acoger con hospitalidad a todos los forasteros y emigrantes; es arrancar lo viejo y plantar lo nuevo. La profecía da testimonio de la purificación del corazón de la injusticia y las limitaciones egocéntricas; del perdón y la eliminación del mal; de un nuevo corazón; del poder absoluto e incondicional del Espíritu Santo y el reino de Cristo.

El profeta cree en la realización de lo imposible por medio de Dios. Es un luchador y un portavoz de la meta de Dios, y el futuro de Dios es su fuerza en el presente. Habla y actúa en él y está dispuesto a dar su vida por él. Su meta es la unidad en Dios: la unidad del Espíritu que

da vida y aliento a todas las cosas. En lugar del Estado que se impone por la fuerza, busca el Espíritu unificado, que todo lo cumple y todo lo guía, de la verdadera comunidad.

Este Espíritu fue el verdadero aliento de vida para los primeros cristianos. Para ellos la propiedad hundía sus raíces en el pecado. Por esta razón todas las posesiones y todos los fondos pertenecían a los pobres. Pensaban que su deber era descubrir y superar la desdicha, buscar y aliviar la pobreza calle tras calle. Su vida era sumamente sencilla y sus líderes vivían como los más pobres.

Este ataque contra la propiedad como fundamento legal del orden económico era coherente con la lucha de vida o muerte de la iglesia primitiva contra las pretensiones de autoridad absoluta por parte del Estado. El rechazo de todo cargo público investido de poder judicial, la renuncia a juzgar sobre la vida, la muerte o los derechos civiles, la negativa a ejecutar la orden de matar, ya fuera impuesta por la ley o por el poder militar, este último rechazo se aplicó también cuando esa orden procedía del cargo gubernamental más alto: el del emperador. Por causa de esta actitud, a pesar de todas sus obras de caridad, los primeros cristianos permanecieron en todos los lugares como «extraños» y «extranjeros» dentro de su sociedad, ciudadanos y embajadores de un orden futuro suprapolítico.

Esta revolución de fe se arraigaba en la certeza de que todo individuo particular, y hasta toda la atmósfera terrena y toda la vida pública, se verían liberados del dominio del mal y se convertirían en propiedad de Dios, que tomaría posesión de ellos. De la misma manera, en

La revolución de Dios

nuestros días la certeza de que un Nuevo Día se acerca nos llama a una revolución que vuelve todo al revés. Justamente ahora, cuando una gran mayoría ha escogido una paciente aceptación de la evolución, cuando las personas se han resignado y se han adaptado al hecho de la degenerada realidad, tiene que ser oído de nuevo el llamado al camino trágico de la cruz.

No es posible identificar una vida en Cristo, vivida por gracia, con el socialismo político. Por otro lado, siento con mucha fuerza que muchas de las demandas de conciencia planteadas por los socialistas han nacido de los mismos anhelos que animaban a la gente en tiempos de Juan el Bautista . . .

El movimiento de conciencia que está vivo en el socialismo y el comunismo se dirige contra el dominio de *mammona* y el derramamiento de sangre, contra el odio entre las clases y la codicia. Este movimiento procede desde lo más profundo; es un movimiento de Dios. Pero esto no me impide reconocer, al mismo tiempo, la presencia de poderosas fuerzas satánicas y demoníacas que operan en estos mismos movimientos políticos.

Lo que nosotros necesitamos en la actualidad —y lo que ninguno de nosotros ha alcanzado todavía— es un sencillo discipulado de Jesús que responda al anhelo del presente, pero que vaya más allá de las experiencias espiritualmente edificantes.

— *Carta a Friedrich Böhm, 1920*

Contra el derramamiento de sangre y la violencia

«Contra el derramamiento de sangre y la violencia» fue publicado en la revista de Arnold, Das neue Werk, en abril de 1921. Aunque Arnold había defendido la causa de la guerra con fervor nacionalista antes de 1917, hacia 1921 ya estaba plenamente convencido de que la reconciliación no tenía que ser solo predicada sino también vivida. Su premisa es clara: el reino de Dios no puede seguir siendo un ideal futuro, sino que tiene que hacerse una realidad presente. Por consiguiente, el carácter de la iglesia actual tiene que estar de acuerdo con el plan futuro de Dios. Ello implica que la iglesia no puede tolerar o defender la violencia de ninguna clase.

Una y otra vez en la vida de una nación, y en la lucha de clases por la existencia, las tensiones y los conflictos reprimidos estallan en arranques de violencia. Estos estallidos revelan la explotación, la opresión y los instintos salvajes de la pasión codiciosa. La gente responde de diferentes maneras a esta violencia: algunos tratan de mantener la ley y el orden con medios homicidas, otros se sienten llamados a luchar por la justicia social con los oprimidos. Sin embargo, nosotros como cristianos tenemos que mirar mucho más lejos.

Cristo dio testimonio de la vida, de la manifestación del amor, de la unidad de todos los miembros en un solo cuerpo. Él nos reveló el corazón de su Padre, que hace que su sol brille sobre buenos y malos. Él nos encomendó que sirviéramos a la vida y que la construyéramos, no que la segáramos ni la destruyéramos. Por ello, nosotros creemos en un futuro de amor y comunión constructiva,

en la paz del reino de Dios. Y nuestra fe en este reino es mucho más que cualquier otro anhelo ilusionado por el futuro. Más bien, es una firme creencia en que Dios nos dará su corazón y su espíritu ahora, en esta tierra.

A la iglesia, como una semilla escondida y viva del futuro, se le ha confiado el espíritu de este reino verdadero. Por consiguiente, su carácter presente tiene que mostrar ahora la misma paz, alegría y justicia que el reino encarnará en el futuro. Por esta razón tenemos que protestar contra todos los casos de derramamiento de sangre y violencia, sin importar cuál sea su origen.

Nuestro testimonio y voluntad por la paz, de amor a toda costa, incluso a costa de nuestra vida, nunca antes ha sido más necesario. Se equivocan quienes nos dicen que las cuestiones de la no violencia y la objeción de conciencia ya no son importantes. Justamente ahora estas cuestiones son más importantes que nunca. Pero para responderlas hace falta valor y perseverancia en el amor.

Jesús sabía que nunca podría conquistar el espíritu del mundo con violencia, sino únicamente con amor. Esta es la razón por la que venció la tentación de tomar el poder sobre los reinos de la tierra y por la que dice que quienes son fuertes en el amor —los pacificadores— heredarán la tierra y la poseerán. Esta actitud estuvo representada y fue proclamada con fuerza por los primeros cristianos, que sentían que la guerra y la profesión militar eran incompatibles con su llamado. Es lamentable que en nuestros días los cristianos maduros no den un testimonio igualmente claro.

Reconocemos la existencia del mal y del pecado, pero sabemos que nunca triunfarán. Creemos en Dios

La irrupción del reino de Dios

y en el nuevo nacimiento de la humanidad. Y nuestra fe no es una fe en la evolución, en la inevitable ascensión a una mayor perfección, sino una fe en el Espíritu de Cristo, fe en el nuevo nacimiento de los individuos y en la comunión de la iglesia. Esta fe considera que la guerra y la revolución son un juicio necesario sobre un mundo depravado y degenerado. La fe lo espera todo de Dios, y no se asusta del choque entre las fuerzas espirituales. Más bien, ansía la confrontación, porque el fin tiene que llegar, y, después de él, un mundo completamente nuevo.

Creo de verdad que se están diciendo y haciendo muchas cosas buenas en la causa de la paz y por la unidad de las naciones. Pero pienso que no es suficiente. Si la gente se siente urgida a tratar de impedir o posponer otra gran guerra europea, esto solo puede ser para nosotros motivo de alegría. Pero lo que nos inquieta es si tendrán mucho éxito en su oposición al espíritu de la guerra que existe ahora mismo.

Cuando más de un millar de alemanes han sido asesinados por Hitler —sin ser juzgados previamente—, ¿no es esto una guerra?

Cuando cientos de miles de personas en los campos de concentración son privadas de su libertad y de toda dignidad, ¿no es esto una guerra?

Cuando cientos de miles de personas son enviadas a Siberia y mueren congeladas talando árboles, ¿no es esto una guerra?

Cuando en China y Rusia millones de personas mueren de hambre mientras en Argentina y otros países

se acumulan millones de toneladas de trigo, ¿no es esto una guerra?

Cuando miles de mujeres prostituyen sus cuerpos y arruinan su vida por dinero, ¿no es esto una guerra?

Cuando millones de bebés son asesinados por medio del aborto cada año, ¿no es esto una guerra?

Cuando las personas son obligadas a trabajar como esclavas porque si no lo hacen no pueden dar de comer a sus hijos, ¿no es esto una guerra?

Cuando los ricos viven en mansiones rodeadas de parques, mientras otras familias ni siquiera disponen de una sola habitación, ¿no es esto una guerra?

Cuando algunos acumulan enormes cuentas bancarias, mientras otros apenas ganan lo suficiente para satisfacer sus necesidades básicas, ¿no es esto una guerra?

Cuando los automóviles, conducidos a la velocidad que se les antoja a sus propietarios, matan a sesenta mil personas cada año en los Estados Unidos, ¿no es esto una guerra?

— *Charla, agosto de 1934*

No representamos el pacifismo que cree que se puede evitar una guerra futura. Esta pretensión no es válida, porque la guerra ya existe ahora.

No defendemos el pacifismo que cree en la eliminación de la guerra a través de la influencia dominante de ciertas naciones superiores.

No defendemos a las fuerzas armadas de la Liga de Naciones, que supuestamente tienen que mantener bajo control a naciones ingobernables.

La irrupción del reino de Dios

No estamos de acuerdo con un pacifismo que ignora las causas primordiales de la guerra —la propiedad y el capitalismo— y trata de conseguir la paz en medio de la injusticia social.

No estamos de acuerdo con un pacifismo que continúa luchando mientras redacta tratados de paz.

No tenemos fe en el pacifismo representado por los empresarios que derriban a golpes a sus competidores, ni creemos en el pacifismo de aquellos que ni siquiera pueden vivir en paz con sus propias esposas.

Rechazamos todo pacifismo que aporta beneficios o ventajas a ciertas naciones o empresas.

Dado que existen tantas clases de pacifismo en las que no podemos creer, preferimos no usar la palabra «pacifismo» bajo ningún concepto. Pero nosotros somos amigos de la paz y queremos ayudar a conseguir la paz. Jesús dijo: «Dichosos los que trabajan por la paz». Y si realmente queremos la paz, tenemos que defenderla en todos los ámbitos de la vida. No podemos causar perjuicio al amor de ninguna manera y por ninguna razón. Por tanto, no podemos matar a nadie; no podemos causar ningún daño económico a nadie; no podemos participar en un sistema que establece niveles de vida más bajos para los obreros que para los profesores universitarios.

—*Charla, agosto de 1934*

Dios es nuestro futuro, así como él es nuestro origen. Él se acerca a nosotros con una demanda y una promesa: ¡Abran nuevos caminos! ¡Descarten lo que es viejo y

está petrificado! ¡Conviértanse en carne y sangre llenas de vida y sentimiento! Dejen que el Espíritu descienda sobre ustedes como la lluvia cae en el desierto, rajado y agrietado en su dureza. ¡Dejen que el Espíritu que es Dios mismo penetre en ustedes, de lo contrario seguirán como huesos muertos!

¿Qué hay de bueno en los ejercicios religiosos, qué hay de bueno en la liturgia y en los cantos, si no se hace la voluntad de Dios, si nuestras manos están manchadas de sangre? ¿Qué hay de bueno en que los injustos crean o en los que confiesan a Dios pero dan la espalda a los niños moribundos? ¡Cambien por completo! ¡Sean diferentes, háganse humanos! Crean en Dios y ríndanle su vida a él.

Este es el mensaje de todos los profetas, incluido Juan el Bautista: ¡cambien radicalmente! ¡Transformen todo al revés! El nuevo orden está llegando. Lo que ahora gobierna el mundo será abolido. Algo completamente diferente va a llegar a este mundo. ¡El reinado de Dios está cerca!

Jesús no cree en un dios que trae infelicidad, muerte y demonios, crimen e injusticia. Por el contrario, proclama al Dios que elimina todas estas cosas. Él sabe que el mal prevalece en este mundo. Pero sabe algo más: que será vencido y que todo será hecho nuevo y diferente.

Esta victoria sobre el mal es la única tarea de la vida de Jesús. El propósito de su misión es derrocar a Satanás, el tirano de la tierra, es despojarlo de poder, ocupar su territorio, destruir sus maquinaciones y sus obras. Jesús promete el nuevo orden más radical de todas las cosas, incluidas las políticas y sociales, culturales y agrícolas,

La irrupción del reino de Dios

etnográficas y geográficas. Un nuevo orden para todas las cosas constituye la sustancia de sus palabras.

Su deseo siempre es el mismo: que la voluntad de Dios se haga historia en la tierra como en el cielo, que Dios, cuyo nombre ha sido hasta ahora blasfemado, pueda ser finalmente honrado. Jesús quiere que el reinado y la armonía de Dios, que ya gobierna el movimiento de las estrellas y las leyes de la materia, prevalezcan entre los seres humanos. Su meta es que el cielo venga a la tierra, que la tierra misma se convierta en el reino de los cielos.

Todas las parábolas de Jesús sobre el reino de los cielos apuntan a esta meta. Pensemos en el rey que sale de viaje: primero pone su reino en manos de sus colaboradores, confiando a cada uno de ellos ciertos deberes y responsabilidades. Cuando regresa, los reúne y celebra una fiesta con los que han cumplido con sus obligaciones. De la misma manera, Dios nos confía la tierra hasta que vuelva.

—*Conferencia, Sajonia, 1924*

Arnold fue un revolucionario no solo en teoría, sino también en la práctica, incluso en los detalles más pequeños. Sus colegas se sintieron horrorizados cuando cambió su traje de negocios por la camiseta y los pantalones hasta la rodilla que vestían los jóvenes radicales, pero se asombraron todavía más cuando él y su esposa, Emmy, decidieron cambiar su existencia de clase media por una vida de pobreza voluntaria. Emmy escribe:

No teníamos sustento económico de ninguna clase, ni para comenzar un nuevo negocio, ni para comprar

una casa de campo en Sannerz a fin de usarla como hogar de la comunidad. Pero eso no cambió nada. Era el momento de dar la espalda al pasado y empezar de nuevo con plena confianza. Los amigos bienintencionados sacudían la cabeza: ¡Qué irresponsabilidad tan imprudente, y con cinco hijos pequeños! La señora Michaelis, la esposa del que fuera canciller del Reich, llegó incluso a ofrecerse para cuidar de mí y de los niños en caso de que Eberhard diera realmente un paso tan «insólito». Pero después de hablar conmigo le dijo a una amiga común: «Ella es todavía más fanática que él. No hay nada que podamos hacer».

